

*Fragmento de novela*

# Las personas de mi ciudad

Andrea Ali

*La mirada de un viajero atento a los pormenores nimios de los sitios que recorre —Dinamarca, Chiapas— es el eje de los breves fragmentos que aquí presentamos de la novela Las personas de mi ciudad, del autor y traductor italiano residente en México Andrea Ali, de próxima aparición en la Colección Ultramar de la Dirección de Publicaciones de nuestra máxima Casa de Estudios.*

18

Lunes. Volvemos a trabajar. Me voy acostumbrando al horario: despertar a las cuatro de la mañana ya no se me hace pesado. El cielo es de un azul deslavado y parece haberse olvidado de las nubes. El sol es débil hasta media mañana, luego calienta el motor de mi cuerpo y dejo que la tibieza me lleve hacia placenteros recuerdos de otros veranos. En la tarde siempre busco a Mathilde. A veces nos acompañan Francesco y Gitte, otras veces vamos solos. Damos largos paseos por los campos, a pie o en bicicleta, y otras veces caminamos en la playa. En ocasiones también pasamos tardes enteras jugando ajedrez o, si llegan los demás, formamos equipos para jugar fútbol o voleibol. Me siento completamente bien. No me pregunto nunca cuánto durará. Hablamos de todo, pero sobre todo le pregunto a Mathilde muchas cosas sobre Dinamarca y los daneses. Descubro que ellos comen pizza con piña, que allá llueve al menos siete meses al año, pero que la bicicleta se usa siempre, sin importar si hay sol, lluvia, nieve, hielo o temporales; descubro que en Dinamarca los peatones tienen preferencia sobre las bicis y las bicis sobre los coches, pero si los

peatones no respetan las señales de la calle son multados de la misma manera que lo son los conductores de los coches; que cuando los hombres entran a un bar, le tocan el trasero a las mujeres para saludarlas; que se bebe la cerveza a litros; que no saludan a sus vecinos cuando se los topan en la calle; que si quedas atrás de alguien que entra por una puerta antes que tú, lo más probable es que no te detenga la puerta, y que en Dinamarca se come la carne de cerdo con azúcar, sal y manzanas.

No permanecemos nunca en la tienda porque afuera los sentidos se dilatan. Los paisajes verdes del entorno pedalean con el viento, las voces se confunden en el aire fragante de las fresas y de la salinidad; las miradas vivaces se pierden en las puestas de sol arlequinadas y el tiempo infinito tiene la forma circular de la luna y del sol.

Estoy en la tienda y espero a que llegue el sueño. Esta noche hemos comprado kilos de pasta y de *wurstel*, y hemos pasado una noche realmente excepcional en la cocina del señor Lund: la música se desbordaba por las ventanas abiertas, y los gritos de júbilo y de fiesta espantaron al viento que fue a esconderse quién sabe dónde. La tienda está inmóvil y duerme en silencio como los

árboles que rodean el campamento. Enciendo un cigarrillo y pienso que fumar en la tienda es un placer único. El humo sale por la toma de aire colocada sobre el techo del iglú. Tomo el atlas de carreteras y con la linterna comienzo a analizar las carreteras que atraviesan Dinamarca y los nombres de las ciudades. Con el dedo índice sigo la carretera sobre la costa Este que atraviesa toda la península de Jutlandia y llega hasta el extremo norte. Ahí la tierra penetra en el mar por un trazo, y en el punto más septentrional hay un sitio que se llama Skagen. En mi ciudad hay un local que se llama así. Cuando termine la temporada de fresas podría hacer un viaje por Dinamarca, llegar a Skagen y regresar al sur por la costa occidental. De pronto se siente el fragor de un trueno y rápidamente la lluvia me sorprende cayendo como ráfaga sobre la tienda. Me siento protegido. La cubierta impermeable que compré en Copenhague es un escudo insuperable que protege también de la mente. La lluvia se incrementa y el estrépito del agua sobre la cubierta es ensordecedor. Vuelvo a cerrar el atlas y apago la luz. Cierro los ojos, me concentro en el olor a hierba mojada que irrumpe en la tienda y me invade las fosas nasales. Mientras me adormezco lentamente en un duermevela reparador, escucho los estridentes alborotos de

dos jóvenes que gritan corriendo bajo la lluvia. Luego siento que alguien se acerca velozmente a mi tienda con pasos afelpados. Se abre el techo plegable, luego el mosquitero. Mathilde. Acucillada sobre sus talones me mira sin expresión. No entiendo si duermo o si estoy en el campo de fresas. Apoyada sobre los talones, da un paso hacia mí, entra y se sienta, luego se recuesta a mi lado.

Tiene el cabello húmedo y la piel fresca de la primavera.

19

Abro los ojos. Es tarde. Serán por lo menos las seis. Siento las gotas de lluvia caer imperceptiblemente sobre la cubierta. Una araña ha hecho su tela sobre el techo de la tienda. El aire es cortante y vivaz. Enciendo la hornilla y espero que el calor restaurador se expanda. Observo a Mathilde adormilada, con el rostro endulzado por el sueño. Luego me visto. Quisiera despertarla, pero le aparto el cabello de la cara y le digo: “Te espero en el campo de fresas”. Asiente a medio despertar y gira sobre su costado, cubriéndose de girasoles. Apago la hornilla y salgo a la hierba mojada. En el campamento el agua



ha formado pozas de agua estancada. Llego al campo. Sólo están ahí la mitad de los recolectores. La mayor parte se quedaron en la tienda. Veo a Christian inclinado sobre las plantitas, moviéndose velozmente como desquiciado con la cajita de las fresas en el antebrazo. Busco un lugar tranquilo. El trabajo me hace entrar en calor de inmediato. La llovizna refresca y tonifica la felicidad. El perfume de las fresas cubre los miles de pensamientos que se agolpan en mi mente. De cuclillas espero a que Mathilde me alcance en este juego sin fin. Pienso en Leo, Gigi y Paolo que se quedaron en Italia. Luego en mis padres a quienes no llamo desde que partí. Me siento culpable y me prometo hacerlo apenas termine, al mediodía. En la entrada de la cocina hay un teléfono. Luego pienso en el día que partí; en aquella mañana espléndida, en el sol anaranjado. Pienso en las montañas que abandoné súbitamente.

Entrego la última cajita de fresas. Paso por la cocina y llamo a mi madre. Está muy agitada y dice que no debo esperar tanto para llamarlos cuando estoy de viaje, que yo no sé lo que significa estar en casa y esperar una llamada, y que mi padre está furioso. En mi estómago se expande una sensación alegre. Soporto el regaño de buena manera, adopto una actitud condescendiente e intento tranquilizarla. Le prometo que los llamaré más a menudo, luego le digo que no se deben preocupar, que este lugar es muy tranquilo, que no hay ningún peligro. En fin, le cuento del viaje, del vochito que no ha dado problemas, que hice una parada en Alemania, que prácticamente tardé tres días para llegar. Luego me explico contándole del campo de fresas, del señor Lund, de los amigos que estoy haciendo y de las fiestas que llenan los días. Me pregunta si hay otros italianos y cuándo pienso regresar. Me despido y me dirijo hacia la tienda. Abro el techo plegable y el mosquitero. Mathilde no está. Me recuesto sobre la colchoneta y pienso que debe haber ido a ducharse. Espero un poco. Su lugar ya está frío, intento buscar su olor. Me adormezco con los recuerdos de la noche anterior. Sueño que estoy con Mathilde en el campo de fresas. Que estamos sólo nosotros. Recogemos las fresas, conversamos alegremente y luego, desde el fondo de la calle, se ve llegar un coche. Mathilde se voltea, acerca el dedo índice a la boca para decirme que no haga ruido: “Mira, ese es el coche de mi mamá. Es mi mamá, se llama Helle y vino a recogerme”. Avanzamos a gatas bajo las plantas de fresa. Riendo nos quedamos escondidos para no dejarnos ver. La mamá de Mathilde estaciona el auto y desciende. Tendrá cuarenta años. Viste un traje sastre azul. Debajo del saco trae una blusa blanca. Tiene el cabello rubio, alaciado y hasta el cuello; el fleco le cubre la frente. De la callecita lateral llega a grandes pasos el señor Lund. Le da la mano con una sonrisa. La señora Helle habla animadamente. Gesticula con las manos. Él hace gestos de negación.

La señora Helle pide explicaciones. El señor Lund está apenado. Le indica el lugar donde Mathilde y Gitte montaron la tienda y que ahora está vacío. La señora Helle se agita, ahora parece furiosa, pide explicaciones. El señor Lund está visiblemente más apenado. Se disculpa una y otra vez. Luego la señora Helle se voltea y sube a su coche, llama por teléfono. Enciende el motor, hace maniobras y retoma la calle por donde llegó. Mathilde me ve indiferente, sonrío, etérea. Luego toma una fresa, la acerca a su boca y la muerde. Sonríe. Luego me despierto. Durante unos segundos quedo desconcertado por mi sueño. Observo el techo verde de la tienda. Reflexiono un momento. Luego me levanto de un brinco y salgo. Volteo. Su tienda amarilla debajo del gran arce florido ya no está.

10

Para ir a Chiapas desde la Ciudad de México el autobús hace trece horas. Compré el boleto de ida en cuanto terminé la última clase del curso en el Instituto Pasolini. Viajar en autobús es relativamente cómodo y barato. Llevo conmigo una guía turística de México que marca los lugares más económicos para dormir. Le dije a Mariana que saldría de viaje. Se escuchaba muy contenta. Entiendo que si hago cosas que me hacen feliz, ella se pone feliz o por lo menos eso es lo que me quiere transmitir: afecto. Pero si destapo la superficie y miro más profundamente, me doy cuenta de que, aunque se muestre obstinada e inflexible con respecto a sus prioridades a seguir para su futuro profesional, sufre un monstruoso sentimiento de culpa. Por lo tanto, saber que estoy bien y que me siento feliz la libera de un peso que la agobia mucho más de lo que está dispuesta a admitirse a sí misma y a los demás. Esta es la razón por la cual, no obstante su teórica y exhibida felicidad por mí, no logro sentir su afecto: no se trata de una felicidad gratuita, no es libre, es una alegría en sí misma, una especie de alivio producto de la perspectiva de liberarse finalmente del costal que se llama culpa y que debe pesar tremendamente en su conciencia. No puedo más que sentir lástima por su felicidad.

Salgo a las nueve de la noche. El autobús foráneo no es de la familia de los microbuses de la Ciudad de México. Tiene cómodos asientos reclinables, televisión, baño y servicio de cafetería a bordo, con café y té gratuitos para los pasajeros. Estoy sentado en el segundo lugar detrás del conductor y a mi lado se encuentra una señora de unos cincuenta años. Seguramente es chiapaneca, se parece a las señoras de las fotos que he visto en los periódicos italianos que por años han reportado las vicisitudes de los indígenas de Chiapas. Lleva consigo muchas bolsas de tela de colores que contienen bol-

sitas de plástico fuertemente anudadas. No sabría decir qué contienen, pero exhalan un fuerte olor a especias. Casi de inmediato me pregunta de dónde vengo. Le digo que soy italiano. Me dice que ella es de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas y que fue a la Ciudad de México a ver a su hija que estudia medicina en la UNAM. La UNAM es una universidad gratuita y para sus condiciones económicas esto representa una verdadera fortuna. Le digo que el viaje es muy largo. Está de acuerdo conmigo, trece horas de autobús son muchas, sobre todo a su edad. Hace este viaje una vez al mes para no estar lejos de su hija. Dice que la Ciudad de México no le gusta: demasiado caótica. En Tuxtla, en cambio, la vida no es tan frenética y los conductores respetan a los peatones. Pienso que en mi ciudad también respetan a los peatones. En Roma, sin embargo, los conductores son también un verdadero peligro. Debe de haber una lógica que une a las ciudades del mundo con base en sus dimensiones y cantidad de población. Me pregunta cuántas horas de autobús se necesitan para ir a Italia. Le confieso que no tengo la menor idea. Luego le digo que llegué en avión y que con escala y todo me tardé aproximadamente veinte horas. Parece bastante impresionada. Le pido consejos prácticos sobre Chiapas, sobre lo que hay que visitar. Me da breves indicaciones que escucho con atención, luego tomo mi guía turística y comienzo a leerla. La señora baja el respaldo, busca una posición cómoda y se voltea hacia un lado, luego cierra los ojos y se duerme de inmediato.

El día siguiente me despierto temprano. El cielo está azul y se aproxima el amanecer. El autobús se abre paso por la selva desfilando ágilmente entre las curvas. Subo el respaldo y me acomodo. La señora todavía está dormida. Escucho la música que desde el brazo del asiento se extiende hacia los audífonos y observo la naturaleza lujuriente. Unas aves negras y amarillas que no conozco alzan el vuelo de un árbol a otro. Consulto la guía turística. Tiene un capítulo que habla de la flora y fauna de Chiapas, y se detiene en algunas especies de serpientes, murciélagos e insectos. No debe de ser muy agradable pasar la noche en la selva.

Llegamos a Tuxtla. Me hospedo en un hotelito muy económico y austero, pero limpio. Hace mucho calor. Aquí todos tienen la piel oscura y los turistas se hacen evidentes de inmediato. Aquí todos tienen dientes blanquísimos que combinan perfectamente con las camisas y pantalones blancos de algodón que la mayoría usa. Las mujeres son muñequitas gentiles con manos y pies pequeños. Se camina en la calle con mucha tranquilidad, quizá sea una estrategia impuesta por el calor, a la cual la gente se ha acostumbrado. Los edificios son claros, las iglesias muy blancas y frescas. Doy vueltas por el centro, luego vuelvo a tomar el autobús, voy a Palenque y visito sus pirámides. En la tarde voy a San Cristóbal de Las Casas. Aquí el turismo europeo es imponente. Al

caminar por la calle se escucha a menudo hablar italiano y francés. Los autóctonos hablan las lenguas indígenas, que en México son conocidas como dialectos. El español es común, pero lo hablan sobre todo las personas que trabajan con turistas. Hacia el sureste, bajando en dirección a la frontera con Guatemala se ubica la Selva Lacandona. Ahí es donde se concentró el movimiento zapatista que brindó a los mayas cierta autonomía regional. Pido informes al chofer de una combi para turistas. Me explica que algunas zonas de la Selva Lacandona son inaccesibles a los turistas y que de cualquier modo, los lugareños no ven a los turistas de buen modo. Me parece entender su punto de vista, no se trata de un encuentro de culturas, más que nada parece una muestra de animales de circo. Miren, miren cómo vive esta gente. Compren, compren recuerdos artesanales que cuestan una miseria. El turista occidental no quiere acercarse para conocer y enriquecerse con el contacto de lo diferente, sólo quiere encontrar lugares exóticos para tener algo sorprendente que contar cuando regrese a su país. Lo mejor que puedo hacer por ellos es irme sin molestar. Tomo el autobús que se dirige hacia la costa. Después de cinco horas llego a Tonalá. El pasaje del autobús desciende ahí. Faltan todavía unos cuarenta kilómetros para la playa. Se recorren en un taxi colectivo. Subo al taxi junto con otros tres turistas. Estoy sentado en el asiento posterior justo atrás del chofer. La piel de su cuello está curtida por el sol, es oscura y rugosa como el tronco de un árbol. Lleva puesto un sombrero de paja. La luz cegadora es transparente. La humedad sofocante entra por los vidrios abiertos. El tapete verde tropical se extiende alrededor. La carretera es recta y apunta como una flecha hacia la costa. El aire empieza a oler a salinidad. Después de una curva se ve una explanada verde como si hubiese sido robada al bosque. Un grupo de personas se encuentra alrededor de una parrilla con carbón ardiendo. El taxista disminuye la velocidad, abandona la carretera y toma una calle de terracería, sigue unos cincuenta metros y se estaciona en el pasto. Todo el aire está impregnado del olor vigoroso de la carne a las brasas. Nos pregunta si queremos comer. Asombrados, ninguno contesta. Baja y se dirige hacia el banquete que exhala un aroma delicioso. Esperamos en el vehículo como cuatro imbéciles. Luego uno de nosotros se baja para extender las piernas. Yo también bajo y fumo un cigarrillo. Me parece que la vida no tiene que ser frenética. El chofer del taxi come una cierta cantidad de tacos. Luego de unos veinte minutos regresa y nos invita a subir. El lugar se llama Puerto Arista. Camino afuera del pueblo. Es un sitio solitario. El mar es azul, la playa está casi desierta. Me siento bajo la sombra de una palapa. Me quedo en Puerto Arista por algunos días en completa soledad. Si pienso que apenas hace algunos meses salí de viaje para alcanzar a Mariana y que ahora me en-



cuentro aquí en un rincón de Chiapas completamente solo, me parece absurdo lo que he hecho. Pienso otra vez en el sitio maya de Palenque, en los objetos y en las máscaras aztecas que vi en el Museo de Antropología de México, en las personas que he conocido aquí y que he visto en las calles de Chiapas, en sus rasgos, en el color suave y acogedor de su piel, en sus rostros amplios y generosos en los cuales se alargan ojos negrísimos, narices pequeñas y bien hechas, bocas que antes de hablar siempre se abren con una sonrisa, voces calmadas y mesuradas. Personas que saben hablar, escuchar, sentir: personas educadas. Leí que en la antigüedad la nobleza maya se preocupaba por ceñir la cabeza de los niños para aplanarles la frente y darle una forma alargada hacia arriba. Los nobles lo consideraban, además de una marca de pertenencia a una clase social, símbolo de belleza y deseo. La belleza.

Intento pensar en los europeos, en las personas de mi ciudad. ¿Qué es para ellos la belleza? Para ellos que salen todos los días con trajes elegantes; hombres que exhiben cuerpos perfectos y mujeres que llevan maquillaje pesado, con narices, senos y nalgas artificiales, siempre listos para alzar la voz y defender una verdad. Personas que no saben escuchar, que viven en un mundo en el cual tiene la razón el que grita más fuerte; un mundo basado en la lógica que no admite contradicciones, cuando es evidente que la vida está llena de contradicciones. Una socie-

dad que explica el porqué de todo, que usa la lógica para justificar los derechos humanos y luego ha extendido esta importante conquista social a la vida cotidiana, uniformando, estandarizando, aplanando y ahogando todo: la belleza, la libertad, la independencia, el trabajo, la riqueza, la individualidad, el placer de estar juntos. Hay un porqué para todo y todo debe tener un porqué, bajo pena de invalidez. Sin un porqué nada interesa, no merece atención, curiosidad, participación, compromiso. Una sociedad con garantías, claro, pero privada de misterio, magia, sin calor humano. Una sociedad basada en la lógica del proyecto; construir, día a día, pensando en el futuro, en cuando llegue la vejez, en la pensión, en los servicios y en las comodidades que podremos o no tener; organizada de un modo que impide vivir al día, bajo pena de exclusión. Una sociedad que excluye a quien no se integra. Pero si vivir toda la vida al día, sin proyectos, lleva a la incapacidad de construir, haber desaprendido a vivir al día, lleva al tedio, a la soledad, al individualismo exasperado: todo para mí, para construirme el día, la semana, el año, la vida, los amigos, las vacaciones, el trabajo, la casa, la pensión. Siento aquel mundo como un lugar lleno de porqués y privado de libertad, y este mundo, en cambio, que descubrí casi por casualidad, privado de porqués y lleno de libertad. Este mundo me parece más humano.

*Traducción de Andrea Muriel* **U**